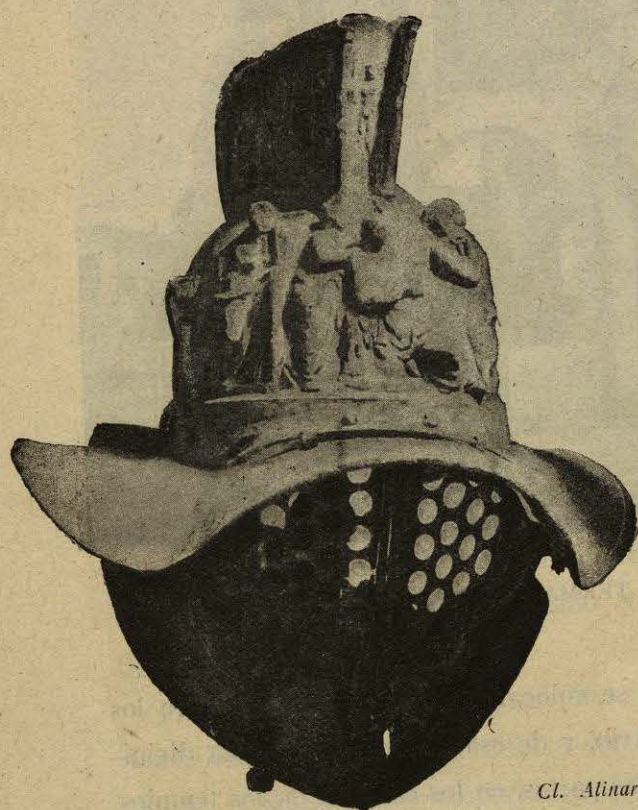


peligro volvía al rango correspondiente a su clase, con su gloria o su vergüenza por añadidura. Verdad es que los capitanes de ejército eran escogidos siempre entre los aristócratas de nacimiento, pero los cargos militares inferiores pertenecían de hecho, y probablemente en virtud de sufragio, a los que agradaban a los camaradas por su aspecto, su

valor, su talento persuasivo o también por haberse distinguido en las guerras anteriores<sup>1</sup>.

Siendo la validez física la primera condición de una buena defensa nacional, por eso mismo se había convertido en la razón única del derecho de voto; solamente los soldados votaban como ciudadanos activos, puesto que únicamente ellos podían levantar el brazo para defender la tierra y la vida de todos, que es precisamente la con-



CASCO DE GLADIADOR

Cl. Alinari.

cepción opuesta a la que prevalece en Francia y en los demás Estados «democráticos» modernos, donde los soldados están separados sistemáticamente de la masa de los ciudadanos, por temor de que hagan causa común con uno de los partidos en lucha, revolucionaria o cesariana. En la Europa moderna los soldados no votan; en la Roma antigua los ciudadanos votaban durante todo el tiempo que conservaban la fuerza y la virilidad, es decir, hasta la edad de sesenta años. Para dirigirse al lugar del voto, había que desfilar por pasajes muy estrechos donde se seguían uno a uno, de manera que era

<sup>1</sup> Gaston Boissier, *Revue des Cours et Conférences*, 1897, 1898.

fácil reconocer inmediatamente a los que llegaban; en cuanto se presentaba un anciano que pasara de la edad reglamentaria, se le precipitaba desde lo alto del corredor, designado con el nombre de *pons pontis*, de donde se origina la expresión de *depontati* con que se calificaba a los individuos que no se contaban ya en el número de los ciudadanos activos.

Evidentemente ese simulacro de morir ahogado recordaba el tiempo en que el pueblo emigrante se desembarazaba realmente de los inválidos que le estorbaban en su marcha<sup>1</sup>.

El cambio de régimen, cuando la transformación de la república en imperio, trajo consigo la creación de un ejército permanente, instrumento del soberano, destinado a convertirse pronto en árbitro del poder. Las legiones, cuya duración era antes variable, fueron instituidas de una manera definitiva como para la

eternidad. Nació el espíritu de cuerpo: el honor de las águilas reemplazó en el espíritu del soldado el orgullo nacional y el sacrificio consagrado a la ciudad; el culto del emperador, cuya imagen estaba representada en las banderas, tomó un carácter religioso, y la ambición de todas esas gentes de armas, desde entonces extrañas a las pasiones del mundo civil que se agitaba en su rededor, con-

CASCO EN FORMA DE GORRO FRIGIO  
ENCONTRADO EN HERCULANO

Cl. Giraudon.

Biblioteca Nacional.

<sup>1</sup> R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, p. 402.

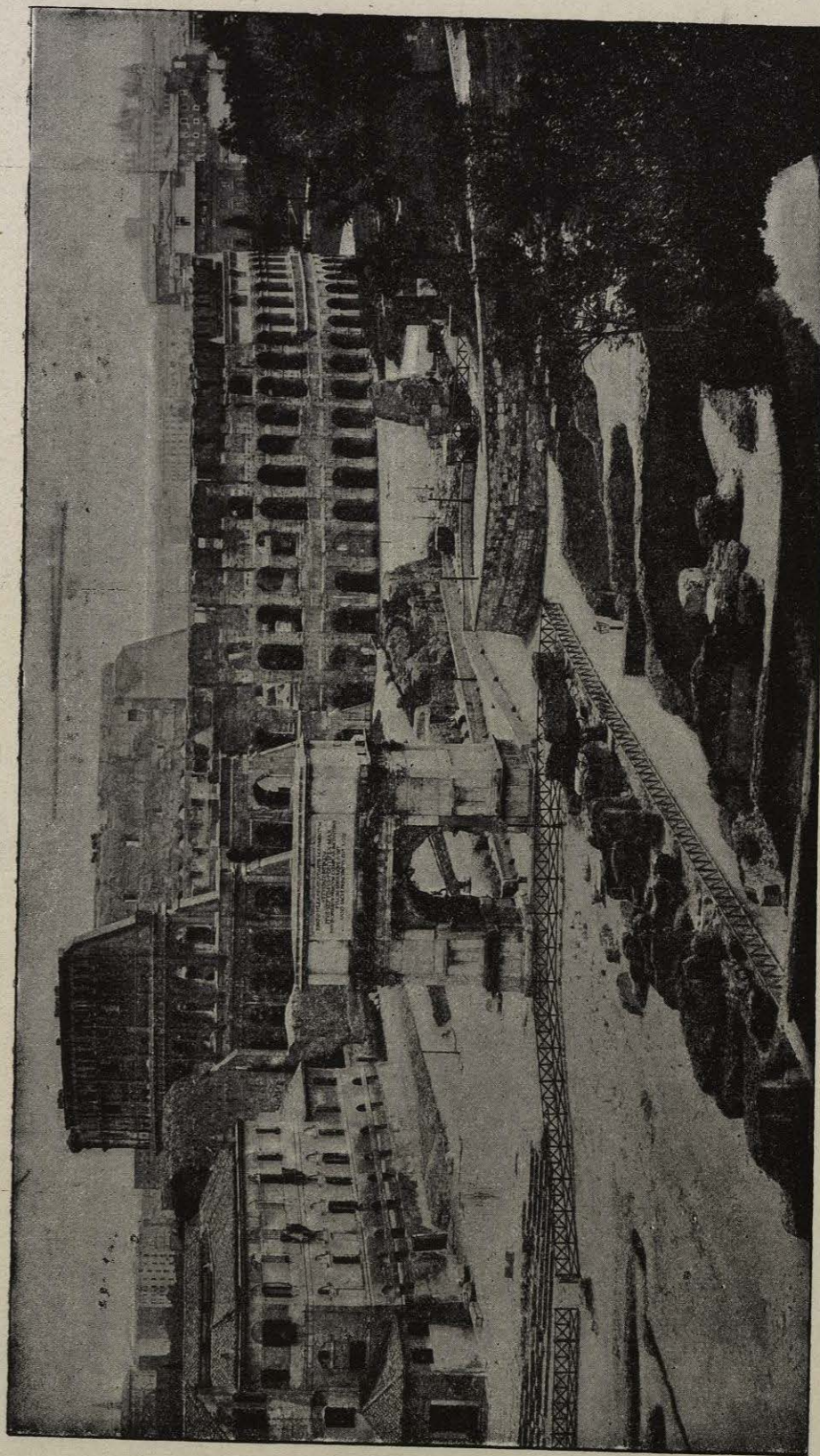


sistió en ascender de grado en grado en la vía del mando militar.

Otro cambio, de los más importantes por su consecuencia, se efectuaba en razón de la inmensa extensión del imperio: los cuerpos de ejército habían de establecerse permanentemente en la proximidad de las fronteras amenazadas; ocupaban campos fortificados, al lado de los cuales se fundaban ciudades de tabernas y de tiendas, que dependían absolutamente de la legión vecina y que con frecuencia hasta tomaban su nombre. Por la fuerza gradual de las cosas, esas ciudades se convertían poco a poco en ciudades militares de donde partía toda la iniciativa política de la provincia, exclusivamente sometida siempre a los intereses del ejército local. La misma razón que había obligado a unos emperadores a establecer las tropas sobre las fronteras, les forzaba también a reclutar sus soldados por vía de empeños voluntarios, y todos los alistados, para quienes la guerra era su oficio y que no tenían otro porvenir que la profesión de las armas, dedicaban su descendencia al mismo género de vida: se casaban en el país, hablaban la lengua de los indígenas y acababan por constituir bandas armadas muy diferentes de las antiguas legiones romanas; siendo semibárbaros, preparaban inconscientemente la futura invasión bárbara. La causa pública se les hacía indiferente, no veían otra gloria que la del cuerpo a que pertenecían y en su único interés se hacían las revoluciones militares. «Hay motivo, dice Gastón Boissier, para admirarse de que el ejército haya en resumen usado tan moderadamente de su poder»<sup>1</sup>. La gran sombra de Roma se cernía a pesar de todo sobre sus soldados.

Aun bajo el reinado de Augusto, cuando comenzaba la larga «paz romana», un desastre profético vino a anunciar cuáles serían un día los destinos del imperio. Legiones aventuradas a una gran distancia al otro lado del Rhin, en regiones forestales habitadas por los Queruscos, fueron cercadas y muerto hasta el último hombre: la grave advertencia fué comprendida; satisfecho del lote que le había tocado en suerte, Augusto no trataba de ensancharle por la adquisición de espacios hiperbólicos, que, a los ojos de los Romanos cultos, ni siquiera eran considerados como pertenecientes al mundo propiamente dicho. Jugador favorecido por la suerte, no quería lan-

<sup>1</sup> *Revue des Cours et Conférences*, 17 Marzo 1898.



ROMA - VISTA DEL COLISEO

Ci. Alinari.





Cl. Alinari.

## ROMA — TEMPLO DE VESTA

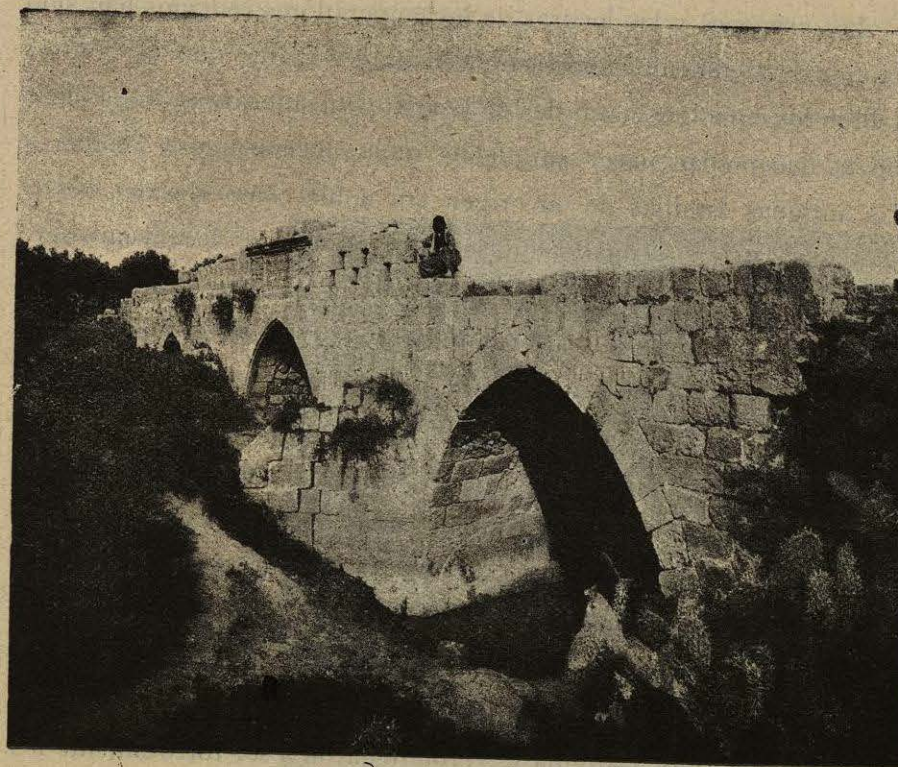
zarse de nuevo a la casualidad, como en el tiempo de su juventud, ni arriesgar la fortuna adquirida. Pero si podía retardar el destino, le era imposible conjurarle: el silencio de los ciudadanos, la pérdida de su iniciativa, la transferencia de sus prerrogativas a un ejército permanente, habían de privarles un día hasta de la posibilidad de defenderse; se encontraban atados de antemano a la triunfante irrupción de pueblos nuevos. De generación en generación la inteligencia se oscurecía, el gusto se alteraba, la mentalidad se enturbiaba; los bárbaros del exterior no avanzaban un paso sin que la barbarie no hubiese dado ya dos pasos a su encuentro.

Pero en aquella época debían de ser muy escasos los profetas de la desgracia. ¡El imperio era tan extenso, las fronteras estaban tan lejanas que parecían confundirse con los límites del mundo! Roma había resistido triunfalmente a tantos peligros, y habían pregonado su gloria tantos prodigios, que las gentes se dejaban llevar hasta creerla eterna; por eso no es extraño que casi todos los pueblos cultos del



mundo moderno hayan acabado por tomar en el reinado de Augusto la fecha inicial de su cronología vulgar. Verdad es que esta era, denominada cristiana, fué después considerada como coincidente con la fecha, sea de la encarnación, sea del nacimiento de Jesucristo. Cuando fué propuesta por primera vez por el monje Denys le Petit, pronto hará catorce siglos, en el año de Roma 1278, que vino a ser el año 525 del nuevo calendario, los fieles católicos la acogieron por espíritu religioso, y gracias a este mismo espíritu reemplazó poco a poco oficialmente, en los documentos políticos y administrativos, lo mismo que en la vida ordinaria, las eras precedentemente practicadas, seleuciana, juliana o diocleciana. Pero faltaba absolutamente casi todo documento histórico sobre la vida de Jesucristo; el inventor de la era nueva no pudo establecerlo, y aun con un error probable de algunos años, sino por medio de fechas suministradas por la historia contemporánea en la vida de Augusto y de Tiberio: en los anales mismos del Imperio fué preciso buscar todos los elementos del nuevo cómputo. En realidad la era cristiana no es sino la era «augustiana», lo mismo que los antiguos meses de *quintilis* y de *sextilis* se convierten en los meses de Julio y de Agosto, o «Augusto». La era según la cual contaban los Españoles todavía en el siglo XIV databa francamente de Augusto y celebraba la reunión de la península Ibérica toda entera al imperio romano.

Llegados a la prodigiosa altura donde los habían llevado la cobardía de los hombres, las rivalidades militares y el empeño de buscar un equilibrio social imposible de encontrar, los emperadores romanos, convertidos en dioses sobre la tierra, apenas podían evitar la locura. Su poder era ilimitado en todos sentidos, puesto que era a la vez el de un general de ejército, el de un magistrado y juez sin apelación, el de un pontífice supremo y el de un tribuno del pueblo que representara contra los poderosos todas las reivindicaciones de abajo. Sus riquezas no tenían medida, puesto que disponían de los tributos y de los impuestos de Italia, de las provincias y de las naciones vencidas. Hasta poseían todo el Egipto como propiedad personal; el extenso campo de trigo y otros productos que regaba el Nilo alimentaba su tesoro privado: veían en él una especie de cercado, y ningún senador tenía el derecho de penetrar



Cl. Bonfils.

PUENTE ROMANO DE LYDDA (LOUDD)

en él sin una autorización precisa del amo<sup>1</sup>. Un decreto, la expresión verbal de su voluntad bastaba para procurarle otros ríos de oro, y la adquisición de toda fortuna de procónsul o de usurero no le costaba más que la pena de una condenación a muerte. De antemano, todas sus voluntades eran saludadas con gritos entusiastas, porque la bajeza ante los amos, por decirlo así, no tiene límites: «¡De qué manera están hechos esos hombres para la servidumbre!» exclamaba el mismo Tiberio al salir del Senado. El servilismo tuvo siempre sus fervorosos, y se han visto individuos y hasta sociedades enteras lanzarse con alegría a la muerte por un amo, sin contar si era bueno, indiferente o feroz, un Escipión o un Tiberio; débese esto a que, sacrificándose por el déspota, se eleva el sacrificado un poco hacia él y puede esperar, muriendo, recoger un rayo de su gloria. ¡Cuántos seres abyectos consideran como un honor parecerse físicamente a su amo, hasta en lo que tienen de feo y repugnante!

<sup>1</sup> J. Grafton Milne, *History of Egypt under Roman Rule*.